

AGOSTO
1913

PACIFICO

MAGAZINE

Precio
1/2 Pes.



La felicidad modesta

en la vida

Por _____
ALBERTO EDWARDS

Es cosa sabida que los señores maridos pelean con las señoras mujeres y vice-versa.

Si de tales conflictos se llevara cuenta y estadística, o mucho me equivoco, o quedaría perfectamente establecido que los tiempos de crisis económica y de malos negocios, son particularmente favorables a los desagrados domésticos. Ellos están, pues, ahora de actualidad.

A raíz de la primera especulación desgraciada que registra la historia, aquella sobre frutos del país, o frutas del paraíso, de que fueron actores nuestros primeros padres, es fama que Adán y Eva pasaron los novecientos y tantos años que de casados les otorgó el Señor, en un sin fin de pleitos y recriminaciones, sobre a cuál de ellos cabía mayor responsabilidad en tan deplorable incidente... Y eso que entonces no se conocían aun ni los bancos, ni el papel moneda, ni el cambio a 9 peniques, ni las bolsas de comercio.

"Donde no hay harina, todo es mohina" dice un viejo y melancólico adagio español. La pobreza y la ruina perderían una buena parte de su horror, si por desgracia no trajeran aparejada la pérdida de la paz del hogar. Pero, si no siempre el ganar dinero y el hacer buenos negocios, es cuestión de buena voluntad, esta debe bastar, me lo imagino, para suavizar un tanto, las consecuencias domésticas de la falta de dinero.

Es claro que el marido que pierde en la



bolsa y la mujer que no tiene dinero para mandar a la plaza, no han de tener el humor tan bueno como en las épocas de abundancia, pero un poquito de caridad y tolerancia recíproca, no vendrían sino muy bien en estos tiempos malos.

Los textos de Patología, re-

conociendo que las enfermedades varían hasta lo infinito, suelen describir un caso típico de cada dolencia. Es lo que voy a tratar de hacer aquí, respecto de esta verdadera epidemia moral. La historia que sigue no es la de ningún individuo en particular, pero ha de presentar puntos de contacto con la de muchos.

Viene el período de las vacas gordas... Todo el mundo se siente millonario, y el marido en cuestión, al igual que los otros. En el club corre el champaña a torrentes; los joyeros y los importadores de automóviles realizan negocios fabulosos; nadie vende, todos son compradores; de los labios de los gerentes de Bancos solo se escapa una sílaba: sí...

En el hogar se suceden, uno tras otro, los pequeños proyectos y las pequeñas realidades: el próximo viaje a Europa; la casa estilo Luis XV, el automóvil; y mientras ello viene, el marido no regatea el dinero y reina la abundancia.

Es cierto que las cenas en el club se prolongan hasta horas inverosímiles, que la señora come sola los más de los días, y

que, con bastante frecuencia, su dueño y señor se presenta en la casa en un estado poco conveniente... Pero, ¿Cómo enojarse por esas menudencias? Al día siguiente, la amable mujercita recibirá en premio de su indulgencia: un aderezo de perlas, un gran traje encargado a Europa, un abono en el Municipal, un veraneo costoso y distinguido y muchísimas esperanzas.

Como todo el mundo está loco, el marido también anda con los cascos a la gineata... De esa fortuna que ha crecido de pronto como la espuma, sólo realiza en efectivo aquellas pequeñas satisfacciones a la inmensa vanidad humana. ¿Tiene él solo la culpa?..

Seguramente que no... Su mujer, en la mayor parte de los casos, es cómplice por lo menos, de tales devaneos... Y a la prueba me remito: haga cada una su examen de conciencia.

¿Pensaron un solo momento ambos cónyuges en el día de mañana? ¿Pensaron siquiera en comprarse una casita que les albergue en los tiempos malos, que en Chile nunca tardan mucho en venir?... No, ese mañana que debía ser nuestra meditación de todos los días, solo se les aparece en la forma de palacios, grandezas y paseos por Europa.

¿Cuánta felicidad rebosa, entretanto, el improvisado millonario!... Se siente fuerte, hábil, vencedor de la vida... No sabe dudar de su buena estrella... Su corazón está repleto de pensamientos altivos... Allí en lo más oculto de su alma, se alberga a lo más cierta compasión suave y misericordiosa, por los infelices mortales que no han triunfado como él. Cuando habla de negocios o de finanzas, parece que de sus labios no salen sino sentencias dignas de esculpirías en bronce... Respira aplomo y seguridad... ¡Es feliz!

También su hogar es dichoso, pero, por desgracia, no siempre aquella paz comprada con los halagos de una opulencia pasajera, es capaz de resistir a un cambio de tiempo.

Viene la crisis. ¿Cuándo en Chile no es Pascua!... El mundo sigue rodando alrededor del sol, los árboles floreciendo, pero en la bolsa ya no se suma, sino que se resta. El marido de nuestro cuento pierde como los demás; ni fué antes más hábil que los otros, ni es ahora más torpe; le sucede lo que a todo el mundo...

Pero el hombre es un animal vanidoso... La señora ha oído de fuertes pérdidas, de quebrantos en los negocios, pero su marido trata de aparecer, como siempre, satisfecho y sonriente... ¡Un negociante de su fuste!... A él no alcanzan tales tempestades... Pero, aun contra su voluntad, ya el humor no es tan bueno como antes... Los regalos y los gastos comienzan a disminuir... Se enturbia el horizonte del hogar...

El gerente del Banco, portador autorizado de este género de infortunios, le llama una tarde... La cuenta es muy crecida, el margen escaso... "No gire, le dice, sin consultarme".

¿Liquidar!... ¿Qué queda de tantas glorias y lisongeras esperanzas? Nada, sino un recuerdo melancólico... Vamos capeando el temporal... Llegan días en que no hay remedio. El Banco no espera más. Entre estas trampas y las otras, todo se lo llevó el demonio. Falta la plata para el gasto del mes. Hay que vender esto o lo otro. La comedia ha concluido.

Hasta entonces nada sabe la mujer. Sospecha sí que los negocios ya no están muy buenos. Su marido anda terco y displicente, su aplomo ya no es tan seguro, habla menos de negocios, refunfuña al pagar... Pero, es tan duro confesar una derrota... El siempre aparece en su casa como un triunfador...

Es el período más doloroso del desastre... No se quiere decir que no hay nada, y ese órgano consumidor que se llama la mujer, continúa gidiendo...

Comienzan los choques... La tormenta está próxima...

Por fin la pobre, que en su vanidad femenina (poco diferente de la masculina) ha pregonado los triunfos de su esposo y triunfado de sus amigas y parientes, con esa insultante y desdeñosa compasión con que hieren desde lo alto las mujeres, llega a persuadirse de que su marido también es uno de los muchos fracasados, uno de tantos ricos de ilusión, un pobre diablo, arrastrado como los demás, por el vendaval de la crisis.

El ídolo ha caído. La dicha de ese hogar, fundada no en la virtud, ni en el aprecio mútuo, sino en la abundancia y en las pequeñas vanidades, se desploma también.

¿Qué cambio tan brusco para el infeliz!

Hábil financierista antes y ahora insensato jugador.

Hombre ayer de empresa e iniciativa, y hoy un pelafustán bueno para nada

Alegre vividor mientras fué rico, incorregible tunante ahora que es pobre.

Aquel no es solo un desmoronamiento económico, sino también moral. Algún filósofo ha dicho que es tanta la diferencia entre el hombre que ha hecho su fortuna del que está por hacerla, que no parecen animales de la misma especie... Es libre el uno y esclavo el otro... ¿qué trastorno no ha de ser el pasar bruscamente de la primera categoría a la segunda? En este país, donde tales cambios forman la trama de la vida, para muchos individuos, no es raro que tantos hombres se mueran de repente; que el corazón funcione mal desde antes de los cuarenta años; que los sistemas nerviosos se desequilibren y que se proferan tantísimos desatinos, cuando de cuestiones económicas se trata. Por eso también somos una raza seria y melancólica; nuestra vida no es cosa de risa.

Las pobres mujeres parecen que en muchos casos no saben apreciar en su verdadero valor el profundo quebranto que trastorna a los hombres en tales circunstancias, y se obstinan con esa crueldad femenina, hija de la inconsciencia del dolor ajeno, en revolver las heridas de sus maridos, en lo que éstas tienen de más sensible y delicado.

Fácil es imaginar una de tantas escenas.

El amor propio del marido ha retardado la confesión de la catástrofe; la vanidad de la mujer ha retardado también en seguida esa misma confesión, ante el mundo que la rodea. Sigue arrastrando coche; las cuentas de la modista apenas disminuyen. El pabellón de la fortuna se mantiene alzado a costa de los más humillantes sacrificios, de las angustias más crueles. Es el período de las trampas... Después viene el de la estrechez vergonzante, preludio quizás de la miseria.

—¡Pobres nervios aquellos!...

—Necesito dinero, dice la mujer... No se ha pagado ni la cuenta del almacén, ni la del carnicero, ni del panadero...

—¿No tengo? responde lúgubramente el marido.

—¿Y con qué te doy de comer entonces?

—¿Y de dónde saco yo dinero?

Allí comienza la más cruel, la más punzante de las recriminaciones...

—¿Y por qué no trabajas... No sirves para nada... En esos juegos de bolsa, has perdido lo tuyo y lo mío... En lugar de pasar borracho en el club, debías trabajar...

¡Trabajar!... qué fácil es decirlo y qué difícil hacerlo.

Es cierto que el pobre diablo sigue bebiendo copas en el club... En la inmensidad de su desastre, poco significan unos pocos pesos más, y el alcohol es aturdimiento y es olvido... ¿Por qué no trabaja?... ¿Dónde? ¿Cómo? ¿En qué? Todos los hombres que no han sido constantemente ricos desde la cuna, saben cuán difícil es ese problema, sobre todo a raíz de una de nuestras frecuentes catástrofes económicas... Los sitios en que se trabaja están ocupados por otros... Cada uno se ha hecho el suyo después de largo luchar, y no está dispuesto a cederlo.

¿Un empleo?... Aquella es la primera idea salvadora que se le ocurre al que ayer no cabía en el mundo... Si vamos a vegetar en una oficina... se dice, pero veámonos por lo menos libres de estas horribles angustias de cada instante.

Pero en Chile los empleos que son algo más que una medianía hambrienta, son escasos, y aun los que solo son esa ración de hambre, no se consiguen fácilmente... En tiempos de crisis los empleados públicos no se mueren, ni jubilan, ni mucho menos renuncian al destino. Para cada vacante hay un ciento de candidatos, y el pobre marido de nuestro cuento, bien pudo no ser el elegido.

Y, ¿qué cara pondría la intransigente señora, si su esposo le dijera... por ejemplo?

—Mira hijita, he buscado en que trabajar, pero no he encontrado nada mejor que la oficina de Registro Civil de Quillapitún... Vámonos pues allá... Si lo prefieres, puedo conseguir que don Fulano me nombre a mí mayordomo de su fundo y a tí llavera...

La escena subsiguiente a tales proposiciones, sería digna de ser escuchada.

—¿Pero acaso, le dirá después de cantarle una letanía de recriminaciones, pero acaso tú no sirves sino para em-

pleado? ¿Por qué no trabajas y te labras una posición tú solo, como tantos otros?... Pero como no sabes sino jugar en la bolsa...

Otra cosa más fácil de ser dicha que cumplida. Pocos negocios dejan de requerir un cierto capital, pocos pueden iniciarse en tiempos de crisis, cuando los viejos y bien establecidos, vacilan y languidecen; todos exigen un tiempo más o menos largo de preparación y expectativa.

¡Ah!... Si las señoras mujeres tuvieran un conocimiento más exacto de lo que es la áspera lucha de la vida, serían un poco más indulgentes...

—Mi marido tiene la culpa, dicen.

Pero es una culpa que deja de serlo, porque es la de todos. Tales son los sacudimientos y los vaivenes de nuestra enferma economía nacional, que solo pueden navegar seguros en ella, los barcos de mucho tonelaje.

Las cabezas mejor organizadas apenas pueden resistir las sugerencias de un medio, en que, con el intervalo de pocos meses, el dinero parece ya no valer nada, y todo sube de manera que el que no compra hace el papel de imbécil, o todo se vende y el dinero anda escaso y por los cuernos de la luna.

¿Cómo guardar el equilibrio?

Las señoras, que en el hogar desempeñan de ordinario el papel que en la política corresponde a los diputados de oposición, discurren acerca de tan complejísimo problema, con la fácil desenvoltura de quien no tiene otro trabajo que el de encontrar malo lo que hacen los demás.

—Yo no sé, me decía una, cómo hacen los hombres malos negocios, cuando es tan fácil hacerlos buenos... Basta con comprar cuando las cosas están baratas, y con vender cuando están caras.

¡Magnífico! Ni Leroy Beaulieu, discurriría mejor.

Pero otra cosa es con guitarra.

En tiempos de alza, todo parece barato, porque resulta siempre buen negocio comprar, y en tiempos de baja, todo parece caro, porque sucede precisamente lo contrario.

Ojalá nuestras simpáticas chilenitas, antes de anonadar a sus respectivos cónyuges con recriminaciones y exigencias, hicieran la siguiente meditación:

"Lo que le sucede a mi marido, le ocurre hoy a casi todos los maridos... Es verdad que mal de muchos es consuelo de necios, pero la universalidad del desastre, debe probarme por lo menos que no estoy casada con un hombre extraordinariamente inútil e incapaz... Lo mismo me sucedería si fuera la mujer de Fulano, o la de Zutano o la de Perengano".

"El pobrecito es, por otra parte, bien desgraciado. Ha perdido su fortuna, un porvenir que creía asegurado; las consideraciones que le rodeaban, la confianza en sí mismo... No hay sentimiento hondo en su corazón, desde el amor propio hasta el instinto de conservación, que no se encuentra profundamente herido".

"Nada tiene de seguro, ni siquiera el día de mañana... Apenas duerme de noche... No puede salir a la calle sin toparse con malas noticias o acreedores exigentes... Es ahora para él un suplicio franquear esos umbrales del Banco, de la bolsa, del club, que ayer no más pisaba con ademán de triunfador y el corazón repleto de orgullo."

"Perdonémosle, pues si sus nervios no se encuentran ahora tan buenos como antes, y no aumentemos sus padecimientos, arrebatándole la poca paz de que aun puede disfrutar en el descanso del hogar."

Sabia política sería esta de parte de las señoras mujeres. Se podría hacer un cuadro sinóptico de sus resultados prácticos, comparados con los de la política contraria.

Si el marido encuentra en su casa el olvido de sus dolores, no lo buscará en el aturdimiento del alcohol. Si no le aguardan allí recriminaciones y exigencias, conservará mayor ánimo y presencia de espíritu y será, por tanto, más capaz de regularizar su situación y de prepararse mejores días para el porvenir... El orden útil siempre, pero, indispensable en épocas de ruina y desastre, no se restablecerá en la hacienda privada, si en el hogar sientan sus reales la disputa y los empecinamientos de la vanidad.

Así una mujer puede auxiliar muchísimo a su marido en las circunstancias críticas. En la mayoría de los casos, de ella dependerá que aquel hombre arruinado, encuentre el camino de su salvación o que, desesperado y fuera de tino,

se precipite en el abismo del vicio, de las trampas o acaso en el del deshonor.

¡El buen consejo! Instrumento difícil de manejar es este y que requiere prudencia cual ninguno. Uséno con exquisito tacto las señoras mujeres... Los consejos no ayudan a pagar, y no pocas veces en la desgracia irritan... Mientras más grandes hayan sido los fracasos experimentados por un hombre, su amor propio es más sensible. Al recibir consejos de su mujer, se siente humillado, inferior a ella, en la situación de aquel a quien se juzga incapaz de valerse por sí mismo. No pocas tormentas conyugales, de estas inherentes a los períodos de crisis, comienzan por un consejo dado con la mejor intención. Un "¿qué sabes tú?" un

golpazo en la puerta de calle, una de copas en el club, o un disparate mayúsculo en los negocios, suele ser el resultado final de la femenil homilía.

Mucho y muy largo podría escribirse sobre este interesante problema económico doméstico...

Para terminar, permítansenos hacer una súplica a las mujeres de todos los maridos de Chile.

¡Piedad! Mucha piedad para los pobrecitos hombres que luchan en el mar tempestuoso de este país sacudido por tantos valvenes, y donde—desde la opulencia a la miseria—suele haber un camino corto que el que en Roma conducía desde el Capitolio a la Roca Tarpeya.

ALBERTO EDWARDS.

EL BUEN TURCO

Existe comunmente la idea de que el turco es un sér tosco, brutal y sanguinario. M. Pierre Loti protestaba poco ha, desde las columnas de un diario de París, de esta falsa creencia y mal adquirida reputación. M. Albert Gabriel que "quedó encantado de la hospitalidad de los turcos de Anatolia" trata también de combatir en la Revue socialista esta opinión general. Al mal turco él opone el buen turco, el turco dulce, servicial, tierno con los animales:

"Un día, dice, que hacía yo en coche el trayecto de Sorna a Perzame, el cochero turco que me conducía, detuvo de pronto el caballo, y saltó del pescante a tierra. A pocos metros delante del coche, una soberbia tortuga dormitaba en medio del camino; la cogió cuidadosamente y la dejó sobre la yerba de la cuneta. Yo le pregunté entonces si creía que aquél obstáculo pudiera estorbar al vehículo:—"Oh, no—respondió sonriendo, pero podría haberle roto las patas". El mismo hecho se repitió diez veces

a lo menos durante el trayecto; cada vez el compasivo cochero se bajaba y quitaba la tortuga del camino".

Es innegable que este hombre tenía buenos sentimientos y amaba a los animales. Ahora bien, ¿podemos tomar a este como el tipo del turco? Podrá tener razón M. Albert Gabriel, a pesar de las crueles historias que en otros tiempos hemos oído referir. Puede ser. Por otra parte tiene razón en poner a los lectores en guardia contra esas habladurías, esas leyendas que inspiran "para toda una raza, sentimientos de desprecio y de odio".

Pero, estas historias, estas leyendas, ¡oh Revista socialista! ¿No las hemos oído referir tanto tiempo por los mismos jefes socialistas, que nos pintaban al turco como un verdugo? Sin embargo, ahora resulta que el turco, es cochero que cuida de las tortugas. Lo más prudente será atenernos a un justo medio. Ni tanto, ni tan calvo.

R.